

© del texto: Carlos Carreras-Moysi y Julián García Hernández, 2016.

© de las fotos: Nagina Tewari / Carlos Carreras-Moysi
(excepto foto de página 99: © Francesc Fàbregas)

© de esta edición:

Milenio Publicaciones S L, 2017
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (España)
www.edmilenio.com
editorial@edmilenio.com

Primera edición: marzo de 2017

ISBN: 978-84-9743-708-0
DL L 18-2017

Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, S L
www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

Prólogo de Richard Branson	9
Prólogo de Eric Burdon	11
Introducción	15
When I was young	23
Let's get it on.....	41
On the road again	83
Whatever you need.....	101
This is Spinal Tap	111
À la ville du... ¡Barcelona!	119
El sonido del nuevo rock	131
Every picture tells a story.....	151
Encore	175

PRÓLOGO DE RICHARD BRANSON

Carlos y yo nos conocimos hace ya muchos años, cerca de cincuenta, si mal no recuerdo, en la isla de Menorca. Nuestra amistad y la de nuestras respectivas familias dio comienzo poco tiempo después de que mis padres empezasen a frecuentar aquella bonita isla del Mediterráneo a mediados de los años sesenta. Apenas siendo todavía unos adolescentes, nuestra amistad, nunca interrumpida a pesar de las distancias y los largos periodos de tiempo sin vernos, fue poco a poco creciendo alrededor de múltiples complicidades, convirtiéndose, seguramente, en la mayor de ellas, nuestra pasión por la música. Su discapacidad física nunca resultó ser un impedimento para que posteriormente, a lo largo de los años, pudiésemos reencontrarnos periódicamente, unas veces en Menorca y otras en mi casa de Londres, mientras yo daba comienzo a mi aventura empresarial al frente de una compañía discográfica y él daba comienzo a la suya como promotor profesional de conciertos en España.

En Menorca nuestros reencuentros resultaron siempre agradables, especialmente si, al sol y al mar de la isla le añadíamos una paella cocinada por Carlos. Recuerdo como en una ocasión, entre su propia familia y la mía, unas veinte personas debíamos sentarnos a la mesa para comernos una inmensa paella cocinada por él. Asuntos de trabajo hicieron, sin embargo, que tuviese que ausentarme de la mesa cuando Carlos lo tenía ya prácticamente todo preparado. Amablemente, quiso ofrecerme entonces que me la llevara para que por lo menos no me

quedase sin comer siendo ya tan tarde. Todavía hoy me recuerda cómo me la llevé metida en bolsas de plástico de forma improvisada y cómo, después de decirle lo mucho que me había gustado, no acierta todavía hoy a comprender cómo pude haber encontrado tan bueno aquel arroz después de haberlo tenido un rato metido en bolsas de plástico.

Mi amistad con él, nunca interrumpida, se renueva con cada uno de nuestros espaciados reencuentros, como si no hubiese pasado ya medio siglo desde que la isla de Menorca propiciase que nos hiciésemos amigos. Jamás pensé que Carlos pudiera dejar de hacer cualquier cosa que se propusiera por el mero hecho de desplazarse en una silla de ruedas. Valga este libro de memorias y recuerdos como vivo ejemplo de su corazón y su espíritu.

PRÓLOGO DE ERIC BURDON

“Cuando pienso en los buenos tiempos que he desperdiciado pasándolo bien...” Carlos nunca desperdició el suyo. Su “discapacidad” nunca fue un obstáculo para poder vivir la vida al máximo. No había lugar que no pudiese alcanzar con su silla de ruedas. Siempre encontraba nuevas formas de utilizarla como una extensión natural de su cuerpo. Su pasión por la vida, la música y la aventura eran inagotables.

Cuando conocí a Carlos a principios de los años ochenta se había convertido en uno de los promotores más importantes de España, habiendo trabajado con artistas de la talla de Dire Straits o The Police, entre muchos otros. Cuidaba de sus artistas hasta conseguir hacerles sentir como amigos más que como socios de un proyecto empresarial.

Me descubrió la isla de Menorca cuando yo vivía en Mallorca. Me dijo... “¿Para qué vives ahí entre viejos dinosaurios musicales que únicamente aspiran a morir?. Ven a vivir a la isla de mi familia”.

Pasamos grandes momentos juntos, comiendo pescado fresco, bebiendo buen vino y teniendo interminables conversaciones mientras mirábamos el mar. Me contaba que cuando era niño hacía su “compra” de pescado diario, sacándolo personalmente del mar según sus estrictas necesidades, equipado con su equipo de buceo.

Hoy, los peces han marchado mientras el turismo ha arruinado gran parte de la magia que un día tuvo aquel lugar; pero en aquellos tiempos... el paisaje parecía sacado directamente de un cuadro de Salvador

Dalí con todas aquellas rocas emergiendo del mar. Menorca, en invierno, resultaba un lugar mucho menos vital pero en verano el aspecto del mar cambiaba y la isla emergía nuevamente como si de unos dedos apuntando hacia el cielo se tratara. Lo recuerdo como un lugar con una gran carga de espiritualidad.

Pasé momentos inolvidables en Menorca pero, aunque yo amaba la isla, ella no me amaba a mí. Padebí importantes ataques de asma debido a la humedad y finalmente me tuve que marchar. Mis reencuentros con Carlos pasaron entonces a ser más distantes en el tiempo, lo suficiente como para comprobar que, cuando nos veíamos de nuevo, tenía la sensación de que no había pasado un solo día sin vernos.

Carlos es un gran tipo. Es como un hermano para mí; un hermano que siempre me ha tratado con cariño y respeto.

Espero poder seguir disfrutando de muchos buenos momentos junto a él en el futuro.

INTRODUCCIÓN

El vestíbulo de un hotel. El reencuentro de dos viejos amigos. Un abrazo y dos besos separados por un cariñoso e irónico “tranquilo, no hace falta que te levantes”. Todo normal. Alegría, sonrisas y un desayuno por delante en el que el café, el té y las tostadas estorbarán seguramente a las palabras.

Tan cotidiano como intrascendente, Carlos, uno de los amigos, recela del interés que puede tener explicarme la escena. Tal vez debiera darle la razón de no ser porque su amigo, el bromista, el del irónico “no hace falta que te levantes”, es Sting y porque él, Carlos, va en silla de ruedas desde que nació.

Tal vez por ese mismo motivo, porque la silla de ruedas le acompaña desde siempre, Carlos no pensó nunca en barreras o impedimentos. Mientras en España el léxico de lo políticamente correcto buscaba la palabra justa para definirle sin que los que, como él, se sintiesen ofendidos, él, simplemente, hacía su vida. Pasó de ser un inválido en los setenta a un minusválido en los ochenta para llegar finalmente al remanso de la discapacitación en los años noventa. Y él, a todo esto, sin saberlo.

La vida de Carlos, no siendo músico, ha estado siempre vinculada a la música. Sus recuerdos, siempre disponibles para consulta gracias a su prodigiosa memoria, entran y salen del mundo de la música con la naturalidad de quien ha convivido con ella desde que su espina bífida

se empeñase en regalarle una atropellada y urgente infancia hospitalaria. Generoso, con una natural y despreocupada tendencia al aforismo, me regala anécdotas, sonrisas y opiniones; estas últimas, por cierto, siempre taxativas. Aunque... ¿cabe acaso la posibilidad de que alguna verdadera opinión formada sobre cualquier asunto no lo sea?

En cada una de nuestras charlas aparecen ineludiblemente los Beatles. Carlos no quiso igual a papá que a mamá, como tampoco, piensa, me dice, que haya mucho que debatir en torno a la solidez de la obra que dejaron los Beatles, vista en su conjunto, frente a la de los Rolling Stones. Va por delante, y en esto estamos completamente de acuerdo, precisar que la música no es una competición y que comparar la carrera de los Beatles con la de los Stones tampoco busca esconder una argumentación imperativa a la búsqueda de vencedores y vencidos. Sin embargo, si, en su opinión, los Stones son autores de una larguísima lista de grandes canciones, la obra que dejaron grabada los Beatles, vista, insiste, en su conjunto, resulta, en su opinión, muy superior al vademécum roquero de las inmensas canciones que pueden, sin duda, destacarse de la discografía de los Rolling Stones.

“Sobre esto caben matices”, le digo. Una carrera como la de los Stones, mucho más longeva, ha dado pie a la aparición de sucesivos periodos musicales de muy irregulares resultados, empapados en mayor o menor medida por cada una de las modas que a lo largo de las décadas les han podido influenciar. “Bien”, me dice, “pero eso es problema de los Stones y, en todo caso, no invalida lo que acabo de decirte. No entiendo qué gracia encuentra el público en ver a una persona de setenta años cantando «I can't get no satisfaction» mientras se toca el paquete. Me parece innecesario. Un músico tiene que demostrar siempre que sigue siendo un músico”.

Las anécdotas que irán apareciendo a lo largo de esta narración han dado pie, en muchas ocasiones, a transcribir opiniones que a más de uno podrían parecerle excesivamente rígidas. Enriquecedoras finalmente, en cualquier caso, para quien escribe, tanto como lo puede ser cualquier argumento sólidamente desarrollado en un ensayo que obliga a quien lo escucha, sencillamente, a posicionarse. Si, como dice el filósofo Fernando Savater, “el ensayo cuenta entre sus rasgos definitorios

como género esbozar teorías que trastocan la forma de pensar común y que se ofrecen apoyadas, no tanto en el peso experimental de las ciencias formales como en la persuasión evocadora de su autor”, Carlos Carreras-Moysi apunta maneras.

“Yo no leo, vivo”, me dijo en una ocasión al preguntarle por un libro. Todavía pienso en ello.

Diversas son las posibilidades que ofrece una narración de estas características en torno a la manera de estructurar su desarrollo. La ineludible relación establecida por Carlos con centenares de músicos bien podría haber invitado a construir un índice capitular desglosando cada uno de los nombres propios con los que, en mayor o menor medida, tuvo contacto. Sin embargo, y dado que no se pretende ofrecer al lector únicamente un rosario de anécdotas inconexas de diverso origen e interés, hemos preferido ordenar los capítulos, en la medida de lo posible, sobre la base de una secuencia cronológicamente estructurada alrededor de la organización de conciertos. Tras un primer capítulo centrado en los orígenes biográficos de su protagonista, posteriormente, el contacto con los agentes musicales, las ofertas, las contrataciones, los traslados de las bandas, sus caprichos y un ineludible etcétera, han dado origen a la estructura formal de esta narración.

Cuando el oficio de promotor musical supone, de manera cotidiana, tratar profesionalmente con músicos admirados por millones de personas, la inercia, comprensible, a desmitificar a las estrellas del rock es casi automática. Son personas y todos lo sabemos. “Hacen buena música, pero ya está”, me dice. Tienen problemas, discuten, se aburren y están deseando volver a casa después del trabajo como cualquiera. Persiste pues en Carlos, a la vista de todo esto, la duda acerca del interés real que para los lectores puede tener dar testimonio de algunas de estas vivencias. Tampoco se ha pretendido en ningún momento realizar una calculada deconstrucción de las estrellas del rock en forma de absurdo ajuste de cuentas. En todo caso, eso sí, abrir una discreta mirilla desde la que asomarse a todo lo que sucede justo detrás de la valla a la que cada nueva generación de jóvenes se acerca para ver un nuevo concierto de rock.

Al afirmar no haber sentido nunca la llamada de la mitomanía, entendiendo como tal, “una conducta tendente a mitificar o a admirar exageradamente a personas o cosas”, Carlos corre el peligro de que haya quien considere que lo dice simplemente para quedar bien. Poco tardé en comprobar que, efectivamente, no es mitómano en absoluto. Lejos de comportarse durante los años en que se dedicó a la promoción de espectáculos musicales como archivero de sí mismo, haciendo acopio de papeles, contratos, fotografías u objetos de memorabilia musical diversos, Carlos apenas conserva una modesta pero valiosa colección de los pases personales que utilizaba mientras trabajaba como promotor. “Llegaba a casa después del concierto, los colgaba detrás de la puerta y ahí siguen”. Lo que conserva es simplemente el resultado de la amistad o de lo indultado generosamente por el paso natural del tiempo. Poco dado a la acumulación, junto a los pases personales de las giras que organizó me enseña el segundo volumen de las memorias de su colega Eric Burdon publicadas en 2001 mientras me dice como quien no quiere la cosa: “Habla de mí en un fragmento. ¿Te puede interesar para el libro?”. Tengo también la suerte de poder quitarle el polvo a unas estupendas fotografías en blanco y negro de la gira que Dire Straits hizo por España en 1985 presentando “Brothers in Arms”. “Las hizo Nagina, mi pareja durante bastantes años. Son copias del negativo original. En más de una ocasión utilizamos sus fotos para diseñar las entradas de los conciertos”.

Guarda con cariño, eso sí, la carta que recibió de Stephen Hawking, la persona que más le impresionó conocer jamás mientras, haciendo memoria sobre personajes mucho mas mitificados en el imaginario colectivo que el brillante científico discapacitado, me recuerda que un día, en 1970, compartió mesa en el restaurante O5 de Londres con Marlon Brando.

“No existen fotos, ni autógrafos, ni conversaciones que recordar de aquel encuentro. Apenas nos dimos las buenas noches. Brando había llegado al restaurante sin hacer reserva con su mujer, la actriz Tarita Teriipia. Mi madre, mis hermanos Borja y Katy y yo habíamos empezado a cenar en una mesa cuando llegaron ellos. Sin posibilidad de acomodarlos en una mesa para dos y como solución de urgencia para que Brando

y su mujer pudieran quedarse a cenar aquella noche, les preguntaron si tendrían inconveniente en compartir mesa con cuatro personas más. Tras preguntarnos también a nosotros y no mostrando inconveniente en compartir mantel con «otra pareja», dado que nuestra mesa era suficientemente grande, apareció Brando con su mujer. Nos saludamos, intercambiando un buenas noches y un par de sonrisas de cortesía, antes de continuar con nuestra cena junto a uno de los actores más importantes de la historia del cine sin molestartos mutuamente aquella noche más allá de las obligadas normas de educación”.

Cargar sobre las espaldas de los músicos la responsabilidad de dar sentido a las vidas de algunas personas, que únicamente dan sentido a la suya propia a través de la mitificación de sus ídolos, ha provocado una importante fuente de no pocas situaciones desagradables a lo largo de la historia del rock. Desde aquellas primeras fans televisadas que, tirándose histéricas de los pelos, caían desmayadas viendo actuar a los Beatles, pasando por los que deciden tatuarse la cara de su ídolo o simplemente prefieren mimetizarse plagiando poses y peinados o vistiéndose como ellos, las fórmulas mediante las que las personas exteriorizan su idealización del ídolo han resultado tradicionalmente tan diversas como curiosamente repetitivas. Carlos, en cambio, prefiere siempre hablar de música. Es crítico con la mitificación de los músicos como también lo es, a partes iguales, con la falta de honestidad de aquellas bandas o solistas que, a pesar de mantener unas cotas de mediocridad creativa bastante elevadas, continúan grabando discos y haciendo giras prescindiendo de unos mínimos niveles de autoexigencia creativa. Dedicarse a tocar hasta la extenuación aquellos temas que un día, normalmente hace ya muchos años, hicieron grande a una banda, es una fórmula de supervivencia que no concuerda para Carlos con la actitud creativa que debería siempre prevalecer en los músicos más allá de revivalismos económicamente rentables. En otros casos, bandas que siendo conscientes de que sus grandes días de gloria creativa terminaron ya hace bastante años, deciden acogerse a la fórmula de continuar montando giras mastodónticas soportadas por el patrocinio de grandes compañías multinacionales siguiendo máximas mas propias del eslogan olímpico “*citius, altius, fortis*” (“más rápido, más alto, más fuerte”),

que de lo que tiene que ver estrictamente con la música. Se incorporan así extraños retos con los que atraer nuevos espectadores: pantallas de video de dimensiones nunca antes construidas, escenarios móviles, vatios de sonido, plataformas, tirolinas y, como en el caso de Def Leppard, el peculiar mérito de haber conseguido un Guinness tras alcanzar el absurdo record de dar tres conciertos, en tres continentes diferentes en un plazo de veinticuatro horas el 23 de octubre de 1995.

Carlos me habla también de una situación vivida hace ya algunos años cuando, con motivo de una gira de U2 con varios conciertos programados por España, recibió una llamada telefónica en Menorca invitándole a participar en una tertulia radiofónica al respecto. Junto con él, entre los invitados a la charla, aparecía una destacada representante del club de fans oficial de U2 en el país, daba cuenta como experta de la vida y milagros de la banda, añadiendo méritos curriculares en forma de una retahíla de fotografías en las que junto a ella, aparecían sonrientes los cuatro miembros del grupo. La charla, pareciendo que por momentos pretendía estar encaminada por la portavoz del club a establecer una absurda regla de tres en la que el número de fotografías y discos firmados establecía quien conocía más a los músicos, era acotada por Carlos afirmando no tener nada que aportar al respecto. Sin embargo, los argumentos esgrimidos por la veterana seguidora de la banda eran puestos en cuestión por Carlos, quien defendía, por aquello de que en casa del herrero cuchara de palo, que no hay correlación alguna entre las fotos que, colgadas de la habitación de cualquier fan, puedan hacer que un músico recuerde más la cara de un fiel seguidor que la de un promotor local con el que, a pesar de trabajar durante décadas, jamás se hizo fotografía alguna o al que nunca dedicó un disco.

Good Times es el resultado de unas vivencias en las que los músicos aparecen siempre referenciados dentro de uno de sus habituales entornos de trabajo cotidiano: los conciertos. Las historias que han dado forma a este relato no resultan ser en absoluto la consecuencia de las vivencias de un fanático seguidor; en todo caso, eso sí, el ameno testimonio de alguien que, consiguiendo hacer de su pasión un trabajo, tuvo ocasión de tratar por ello con un gran número de músicos, meri-

torios intermediarios al fin y al cabo, entre él mismo y la que resultó ser siempre la verdadera gran afición de su vida, la música.

Desprovistos con naturalidad del pedestal de la mitificación que les aleja, en muchas ocasiones, de la cotidiana sensibilidad tan necesaria para poder hacer su trabajo, los músicos que coprotagonizan esta historia ocupan espacios muy diversos en la memoria afectiva de Carlos. En algunas ocasiones, el roce profesional con músicos como Sting o Eric Burdon sería transformado progresivamente en incondicional amistad; en otras, el roce solo dejaría en Carlos un recuerdo de indiferencia desligado siempre con inteligencia, eso sí, del talento indudable que como compositores o intérpretes pudieran tener cada uno de los artistas con los que trató. Todos ellos, por uno u otro motivo, forman parte de *Good Times*.

Vamos a ello...

WHEN I WAS YOUNG

*“When I was young, it was more important
Pain more painful, laughter much louder, yeah
When I was young
When I was a baby”.*

THE ANIMALS

Carlos Carreras-Moysi nació en Barcelona un 6 de septiembre de 1951. Su nacimiento, accidentado por la grave circunstancia de producirse con una malformación neurológica de espina bífida y una luxación de cadera, obligaba a sus padres a tomar la decisión de operarle, circunstancia que puso en grave riesgo su vida durante las primeras horas de su nacimiento. Sobrevivió pagando el razonable precio de quedar físicamente limitado esperando que sus largos periodos de convalecencia le fuesen permitiendo retomar el ritmo de una vida que había dado comienzo de una forma injustamente atropellada.

Sus primeros años transcurrieron con la entrecomillada normalidad que sus importantes limitaciones físicas le permitían llevar mientras la música, algo absolutamente ajeno a las aficiones paternas y al ambiente cotidiano de la casa familiar, apenas entraba en casa gracias al segundo marido de su abuela materna, Manuel G. Salinger. De origen alemán, Salinger había contraído matrimonio con la abuela de Carlos después de que esta hubiese podido separarse de su primer marido gracias a la primera ley del divorcio aprobada en 1932, todavía, afortunadamente,

en tiempos de la Segunda República. Salinger, desde su puesto como director gerente de Southern Music Española S.A, se había hecho cargo en 1963 de la delegación estatal que el imperio Peer Southern Organization, fundado por el norteamericano Ralph Sylvester Peer en 1948, gestionaba, como empresa editorial, derechos sobre partituras y composiciones musicales a nivel mundial. Con una participación al cincuenta por ciento compartida con Peer, el abuelo Salinger gestionaba como editorial, además de los citados derechos sobre partituras, la composición de arreglos y traducciones de letras para su explotación comercial en todo el territorio español. Desde su oficina en la calle Diputación de Barcelona, Salinger se hizo con un importante número de derechos sobre composiciones que, por poner solo algunos ejemplos, se extendieron desde temas como “Non ho l’età” de Gigliola Cinquetti, “Brazil”, “Perfidia” o “Bésame mucho”, hasta la coedición en 1968 con el sello Zafiro del exitoso tema ganador de Eurovisión “La, la, la”, interpretado por Massiel y compuesto por los dinámicos Manuel de la Calva y Ramón Arcusa. Carlos, desde la casa familiar en la que sobrellevaba su obligada convalecencia, recibía, con cada visita de su abuelo, *singles* de siete pulgadas con los que hacer más llevaderos los días. Siendo habitual que Salinger recibiese una importante cantidad de música en su despacho sobre la que estudiar la gestión y compra de derechos, era normal que muchos de estos vinilos acabasen en la habitación de su nieto. Escuchados con la paciencia de quien no tiene prisa, son años de escuchar mucha música y de regalar a su abuelo la crítica de un adolescente con la que acabar de formarse una opinión sobre lo que puede interesar más a la juventud de los años sesenta: “Si le decía que no me gustaba, tal vez podía llegar a comprar los derechos pero, si le decía que me gustaba, entonces los compraba seguro”. Mientras las tardes de verano sus primos bailaban el *madison* frente a su cama y una de sus tías gozaba de sus quince minutos de fama ganando un campeonato de *twist*, Carlos escuchaba con adolescente persistencia a Nat King Cole cantando “Adelita”.



Carlos en cala Pregonda a finales de los años cincuenta. Al fondo, Es Bitlu, la formación rocosa de la que se enamoraría Mike Oldfield y que aparecería en 1978 en la portada de su cuarto disco, *Incantations*.

Construyendo poco a poco el pequeño universo musical que quedaría fijado a su adolescencia, sonaban en su habitación “Downtown”, de Petula Clark, “Love me please love me”, de Michel Polnareff, “Reach out, I’ll be there”, de los Four Tops, “Winchester cathedral”, de The New Vaudeville Band, o “Be my baby”, del exótico grupo de Madagascar Les Surfs. Rita Pavone, Nico Fidenco, Jimmy Fontana o Mina llegaban desde Italia mientras desde Francia Françoise Hardy grababa el exitoso “Tous les garçons et les filles”. “También llegaban a casa grabaciones de Edith Piaf”, recuerda Carlos, “cantante que, estando yo en plena adolescencia, admito que por aquella época me interesaba mucho menos”.

Sobre todas las grabaciones que recuerda haber escuchado durante aquellos años destaca sin embargo un histórico LP que llegaría desde Inglaterra en el verano de 1967: *Sgt. Pepper’s Lonely Hearts Club Band* de The Beatles gracias a unos antecedentes que vale la pena recuperar. La familia Carreras-Moysi se había trasladado a vivir a Menorca en 1960 con la intención de poder gestionar las fincas de las que eran propietarios por herencia directa de una larga lista de antepasados. La tradicional presencia británica en la isla, unida a la educación inglesa reci-